

LISBOA

Día francamente hermoso. Ayer regresé de la agradable ciudad de Lisboa, donde disfruté de dos días de luz clara, sol radiante, con la primavera asomándose en la



Avenida da Liberdade y los pájaros despertándose con el escándalo de sus trinos a muy primera hora de la mañana. Pero la ciudad bien merece madrugar, que allí sigue señorial, un poco venida a menos, que la crisis muerde y en las calles laterales las otrora hermosas casas lo gritan a todo el que lo quiera percibir, y por eso decido regresar otra vez a la gran avenida y caminar, un poco rebelado contra mí mismo y contra las mismísimas aceras que, con sus cuadradillos de

piedra caliza se empeñan con tesón en acabar con los inapropiados zapatos. ¡Las malditas aceras de Lisboa! Paso por delante de la estación de trenes del Rossio, allí, ya en la Baixa, zona principal del centro histórico, que sería imposible no verlas, ya que su fachada neo-manuelina con su exuberante decoración, las puertas con forma de herradura y la pequeña torre con reloj



que remata la parte superior del edificio, hacen imposible, por rebotado que uno vaya, que se pudiera pasar sin mirarla. Te aconsejo que te detengas, aunque vayas de paso, que sé que lo harás de todas todas porque tiene algo que llama poderosamente la atención. Contéplala con detenimiento, por dentro y por fuera, verás que es más que un sitio de partida y de llegada, no te arrepentirás. Al lado mismo se encuentra el hotel Palace, y después de

tanto caminar y puesto que el calor ya comenzaba a dejar de comportarse, me resultó muy fácil darme cuenta de que no era una mala idea tomar una cerveza a presión en su bar, que tampoco está nada mal (el lugar y la cerveza, se entiende). Después seguí a lo mío, como tantas otras veces, a la búsqueda de una librería de viejo, que en esta ciudad tiene que haberlas, así que me desvié por la Rúa do Carmo, camino del Bairro Alto, dejando a nuestra izquierda el elevador de Santa Justa, el ascensor del discípulo de Eiffel, que unía los barrios de la Baixa Pombalina y el Chiado, y que hoy constituye una atracción turística más. Acabamos encontrando una calle medio perdida, que la llaman la rúa do Norte, y una casa que lo mismo, porque por poco me paso sin verla, que se corresponde con el número 44. En el 1º andar, está la librería Castro e Silva, y merece la pena por lo que realmente importa, por sus libros, y porque la crisis facilita comprarlos,

que en los malos tiempos las letras no alimentan salvo que aparezca el incauto capaz de cualquier cosa, hasta de quedarse sin comer y, desde luego, sin dinero, a cambio del placer de una buena lectura. Ya de regreso oigo a mis espaldas a alguien que dice: “A bolsa ou a vida”. Se la hubiera entregado, que remedio, pero no se trataba de eso, que además a los que van con intenciones de lo ajeno el único papel que les interesa ya se sabe. En este caso no se escondía detrás de tales palabras ninguna amenaza, pude comprobar que era el saludo afectuoso entre dos amigos que se acababan de encontrar. Seguí, ya sin objetivos, sólo queriendo ver, que Lisboa ofrece mucho pero nunca se muestra del todo, como su gente, hasta llegar a la Praça de Comércio, al otro lado de un llamativo arco de piedra, abierta al río Tajo. De regreso, desde la Praça da Figueira fotografié el castillo de San Jorge y, después de pasar por la plaza de Pedro V, me incorporé de nuevo a la Avenida da Liberdade. Cuesta arriba, paria sin dinero (invertido en libros) y los pies destrozados, acabé dándome de bruces con lo inesperado, la sede del Partido Comunista, que aparenta lo suyo, para mí impropia en el lugar y en lo que parece. Un poco más arriba, cuando ya me faltaba el aliento, me incorporé al paseo central y aproveché para tomar aire ante el testimonio de una fecha grabada en el suelo



que, una vez leída, he de reconocer que socavó lo más profundo de mi ser y una parte fundamental de los conocimientos que hasta el presente atesoraba. Resulta que, según los portugueses, el descubrimiento de América tuvo lugar en 1472. Y es que, por encima de todo, Lisboa tiene alma, por eso se siente obligada a enseñar historia y, siempre lo he pensado, también una forma de ser inconfundible. Nunca me cansaré de regresar. Cada que

vez que la visito, lo sé de antemano, siempre termino encontrándome con algo inesperado y, así, a la vez que me siento como un explorador (en el lugar que precisamente del asunto algo saben) de un mundo que todavía no se me ofreció en su plenitud, también percibo, que, por encima de cualquier otra consideración, allí me siento como si estuviera en mi propia casa.